

Cuando Ernesto Laclau y yo escribimos *Hegemonía y estrategia socialista*, el desafío central de la política de izquierda era reconocer las demandas de los "nuevos movimientos" y la necesidad de articularlas con las demandas más tradicionales de los trabajadores. En la actualidad se ha avanzado de manera significativa en el reconocimiento y la legitimación de esos reclamos, y muchos han sido integradas a la agenda de la izquierda. De hecho, podría afirmarse que la situación actual es opuesta a la que criticamos hace treinta años, y que hoy son las demandas de la "clase trabajadora" las más desatendidas.

Otra diferencia entre el momento actual y aquel es que el neoliberalismo es el causante de nuevos antagonismos que, como aquellos surgidos a partir de la destrucción del Estado de bienestar, afectan a numerosos sectores de la población. Algunos de estos antagonismos se deben al fenómeno que David Harvey denomina la "acumulación por desposesión". Harvey se refiere con este término a la centralización de la riqueza y el poder en manos de una minoría mediante una serie de prácticas claves del neoliberalismo, como la privatización y la financierización. Así, destaca lo novedoso de las luchas que esas prácticas generan:

La acumulación por desposesión implica un conjunto muy distinto de prácticas desde la acumulación hasta la expansión del trabajo asalariado en la industria y en la agricultura. Este último proceso, que dominó los procesos de acumulación de capital en las décadas de 1950 y 1960, dio lugar a una cultura opositora (como la que se inscribe en los sindicatos y en los partidos políticos obreros) que produjo el liberalismo embrizado. Por otro lado, la desposesión se produce de manera fragmentada y particular: una privatización aquí, un proceso de degradación medioambiental allá, o una crisis financiera o de endeudamiento acullá.²⁹

Desde otra perspectiva teórica, el surgimiento de nuevos antagonismos también es destacado por los expertos que apuntan a los efectos devastadores de las formas biopolíticas neoliberales de gobernabilidad en todos los ámbitos de la vida.

No cabe duda de que, bajo el neoliberalismo, el campo del conflicto se ha ampliado de manera considerable. En cierto sentido, esto significa una oportunidad, ya que el número de afectados por las políticas neoliberales es mucho mayor que el de los usualmente considerados como votantes tradicionales de la izquierda. Por lo tanto, un proyecto de radicalización de la democracia podría atraer a ciertos sectores del electorado que hasta ahora no se han identificado con la izquierda y, merced a una política hegemónica adecuada, podría reclutarse un nú-

29 David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. 178 [trad. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007].

mero mayor de personas para una alternativa progresista. Sin embargo, esto también complica la articulación de las demandas democráticas en una voluntad colectiva, ya que la variedad y heterogeneidad de las demandas es hoy mucho mayor.

El desafío para una estrategia populista de izquierda consiste en reafirmar la importancia de la "cuestión social" y tomar en cuenta no sólo la creciente fragmentación y diversidad de los "trabajadores", sino también la especificidad de las distintas demandas democráticas. Esto requiere la construcción de "un pueblo" en torno a un proyecto que aborde las diversas formas de subordinación en relación con cuestiones de explotación, dominación o discriminación. También debe hacerse hincapié en una cuestión que ha cobrado especial relevancia en los últimos treinta años y que hoy reviste una importancia crucial: el futuro del planeta.

Es imposible concebir un proyecto de radicalización de la democracia en el que la "cuestión ecológica" no ocupe el centro de la agenda. Por lo tanto, es esencial combinarla con la cuestión social. Sin duda, esto exigirá cambios profundos en nuestro estilo de vida y habrá que superar diversas resistencias. Abandonar el modelo productivista e implementar la necesaria transición ecológica requerirá una verdadera "reforma intelectual y moral" gramsciana. Desde luego, no será fácil, pero un proyecto ecológico ambicioso y bien diseñado podría ofrecer una visión atractiva de una sociedad democrática futura capaz de seducir a ciertos sectores que hoy pertenecen al bloque hegemónico neoliberal.

A menudo se afirma que la principal brecha que existe en nuestras sociedades es entre los "perdedores" y "ganadores" de la globalización neoliberal, y que sus intereses son irreconciliables. Esa fractura existe, como asimismo

existe un antagonismo entre ambos campos que no se puede concebir como una confrontación entre el 99 y el 1%. Sin embargo, creo que entre los sectores que se benefician con el modelo neoliberal, algunos podrían tomar conciencia de los serios peligros que este conlleva para el medioambiente y ser atraídos por un proyecto de sociedad que garantice un futuro humano para su descendencia. Esperemos que el lanzamiento de una lucha contrahegemónica frente al modelo neoliberal en nombre de valores democráticos y ecológicos contribuya a dislocar el bloque histórico sobre el cual descansa y amplíe los alcances de una voluntad colectiva democrática radical.

Soy consciente de que, entre quienes están a favor de radicalizar la democracia, no todos consideran necesario ni deseable articular las diversas luchas en una voluntad colectiva. De hecho, una de las objeciones que suelen formularse a una estrategia populista de izquierda es que integrar las demandas democráticas a la creación de un "pueblo" producirá indefectiblemente un sujeto homogéneo, que niega la pluralidad. Así, cualquier intento en esa dirección debería ser rechazado, porque borraría la especificidad de las diversas luchas. Otra objeción, apenas diferente, es que el populismo concibe desde un principio al "pueblo" como homogéneo, por lo que esta perspectiva resulta incompatible con el pluralismo democrático.

Estas objeciones derivan de la incapacidad para entender que una estrategia populista de izquierda se basa en un enfoque antiesencialista según el cual el "pueblo" no constituye un referente empírico, sino una construcción política discursiva. Por lo tanto, no tiene una existencia previa a su articulación performativa y no puede ser aprehendido mediante categorías sociológicas. Estas

críticas revelan una absoluta falta de comprensión de la operación mediante la cual se construye un pueblo. Como voluntad colectiva creada a través de una cadena de equivalencia, el pueblo no constituye un sujeto homogéneo en el que todas las diferencias son, de alguna manera, reducidas a la unidad.

No nos enfrentamos, como suele afirmarse, a una "masa" tal como la entendía Gustave Le Bon, en la que toda diferenciación se borra para poder crear un grupo totalmente homogéneo. Nos encontramos, en cambio, dentro de un proceso de articulación que establece una equivalencia entre una multiplicidad de demandas heterogéneas para mantener la diferenciación interna del grupo. Como puntualiza Ernesto Laclau: "Esto significa que cada demanda individual está dividida constitutivamente: por un lado es ella misma en su propia particularidad; por otro lado apunta, a través de vínculos equivalenciales, al conjunto de las otras demandas".³⁰

Como Laclau y yo hemos destacado en repetidas ocasiones, una relación de equivalencia no constituye una relación en la cual todas las diferencias colapsan en la identidad, sino una en la cual las diferencias se mantienen activas. Si esas diferencias se eliminaran, eso no constituiría una equivalencia, sino una simple identidad. Es sólo en la medida en que las diferencias democráticas se oponen a las fuerzas o discursos que las niegan a todas que estas diferencias pueden sustituirse entre sí. Es precisamente por esto que la creación de

³⁰ Ernesto Laclau, "Populism: What's in a Name?", en Francisco Panizza (ed.), *Populism and the Mirror of Democracy*, Nueva York-Londres, Verso, 2005, p. 37 [trad. cast.: "Populismo: ¿qué nos dice el nombre?", en Francisco Panizza (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2009, p. 37].

una voluntad colectiva mediante una cadena de equivalencia exige la designación de un adversario. Esto es necesario para trazar la frontera política que separa el "nosotros" del "ellos", lo cual resulta decisivo en la construcción de un "pueblo".

Quisiera destacar que una "cadena de equivalencia" no es una simple coalición de sujetos políticos existentes. Tampoco estamos ante una situación en la cual un pueblo ya constituido se enfrenta a un adversario preexistente. El pueblo y la frontera política que define su adversario se construyen mediante la lucha política, y siempre son susceptibles de rearticulación a través de intervenciones contrahegemónicas. Las demandas democráticas que la estrategia populista de izquierda pretende articular son heterogéneas, y por esta razón deben articularse en una cadena de equivalencia.

Este proceso de articulación resulta crucial, ya que las demandas particulares adquieren significación política mediante su inscripción en esta cadena. Lo importante no es tanto de dónde provienen las demandas, sino cómo se articulan con otras. Como demuestra el ejemplo del populismo de derecha, las demandas de democracia pueden articularse a través de un vocabulario xenófobo y no adquieren automáticamente un carácter progresista. Sólo cuando entran en equivalencia con otras demandas democráticas, como las de los inmigrantes o las feministas, adquieren una dimensión democrática radical. Lo mismo ocurre con las demandas procedentes de mujeres, inmigrantes u otros grupos discriminados.

Nunca deberíamos dar por sentado que existen luchas inherentemente emancipadoras que no pueden ser orientadas hacia fines opuestos. El actual desarrollo de formas de ecología con características antidemocráticas debería entenderse como una advertencia de que el re-

chazo al modelo neoliberal no garantiza un avance democrático. En el caso de la ecología, como en otros ámbitos, la cuestión de la articulación es decisiva y por eso resulta esencial establecer un vínculo entre cuestiones ecológicas y cuestiones sociales en torno a la identificación con un proyecto de radicalización de la democracia.

¿Cómo es posible concebir una identificación con la democracia radical de un modo congruente con mi anterior afirmación de que la cadena de equivalencia no produce un sujeto homogéneo? Para abordar esta cuestión de manera adecuada debemos concebir el agente social como construido dentro de discursos específicos que corresponden a la multiplicidad de relaciones sociales en las que está inscripto. Entre esas relaciones sociales hay una que corresponde a la inserción del agente social en una comunidad política: es decir, a su posición como "ciudadano".

Es en su condición de ciudadano que un agente social interviene a nivel de la comunidad política. Aun cuando sea una categoría central en una democracia liberal pluralista, la ciudadanía puede entenderse de diversas maneras que a su vez condicionan concepciones muy diferentes de la política. El liberalismo concibe la ciudadanía como un mero estatus legal y percibe al ciudadano como un individuo poseedor de derechos, libre de toda identificación con un "nosotros". No obstante, la tradición democrática concibe la ciudadanía como un involucramiento activo en la comunidad política, como un actuar como parte de un "nosotros", conforme a cierta concepción del interés general. Por este motivo, el fomento de una concepción democrática radical de la ciudadanía es un elemento clave para la lucha contra la posdemocracia.

Para desarrollar esa concepción, podríamos inspirarnos en la tradición cívica republicana, que pone énfasis

en la participación activa en la comunidad política. Si se lo reformula de modo tal que haga lugar al pluralismo, el republicanismo cívico –en su versión “plebeya”, inspirada en Maquiavelo– puede contribuir a reafirmar la importancia de la acción colectiva y el valor de la esfera pública, sometidos a un ataque permanente durante los años de hegemonía neoliberal.

La visión liberal y la visión democrática siempre han estado en tensión, pero durante el período del Estado de bienestar keynesiano las prácticas socialdemócratas mantuvieron bajo control el individualismo liberal. En líneas generales, prevaleció el sentido común socialdemócrata, hasta que fue socavado por la ofensiva neoliberal. Ya hemos visto cómo, bajo el thatcherismo, el ciudadano fue reemplazado por el “contribuyente”, la idea política de libertad fue articulada con la idea económica del libre mercado, y la democracia quedó reducida a los procedimientos electorales. Una batalla crucial en la lucha contrahegemónica contra la hegemonía neoliberal consiste en resignificar lo “público” como un ámbito donde los ciudadanos pueden tener voz y ejercer sus derechos, desplazando a la concepción individualista y hoy dominante del ciudadano como “consumidor”, que constituye el eje de la visión posdemocrática.

En *El retorno de lo político*,³¹ propuse una concepción de la ciudadanía como una “gramática de la conducta”, gobernada por los principios ético-políticos de la *politeia* democrática liberal: libertad e igualdad para todos. Si bien estos principios pueden interpretarse de dife-

31 Chantal Mouffe, *The Return of the Political*, Nueva York - Londres, Verso, 1993 (ed. rev., 2005), capítulo 4 [trad. cast.: *El retorno de lo político*, Barcelona, Paidós, 1999].

rentes maneras, existen varias formas en las que cada uno de nosotros puede identificarse y actuar como un ciudadano democrático. La concepción socialdemócrata de la ciudadanía, por ejemplo, privilegia la lucha por los derechos sociales y económicos, mientras que la interpretación democrática radical destaca las otras numerosas relaciones sociales en las cuales existen relaciones de dominación que es necesario cuestionar para poder implementar los principios de libertad e igualdad. La concepción democrática radical de la ciudadanía —entendida como aquello que proporciona la identificación común de personas involucradas en diversas luchas democráticas— podría constituir el locus para la construcción de un "pueblo" mediante una cadena de equivalencia. La identificación como ciudadanos cuyo objetivo político es la radicalización de la democracia uniría a los agentes sociales, quienes podrían estar involucrados en numerosos proyectos diferentes pero cuya "gramática de conducta", al actuar en calidad de ciudadanos, estaría gobernada por la extensión de los principios ético-políticos de libertad e igualdad a una amplia gama de relaciones sociales.

Además de las cuestiones relativas al agente social como individuo inscripto en relaciones sociales específicas —en las que tienen lugar luchas interseccionales por la libertad y la igualdad—, existen otras que deben actuar conjuntamente para transformar el Estado, lo cual resulta esencial para la formulación de un proyecto democrático radical. Muchos de los objetivos igualitarios que persiguen, por ejemplo en el ámbito de la educación, sólo pueden alcanzarse mediante la intervención del Estado. Esta intervención no debería pensarse de una manera burocrática o autoritaria, y el papel del Estado debería ser brindar las condiciones necesarias para que los ciu-

dadanos se hagan cargo de los servicios públicos y los organicen de una manera democrática.

El hecho de concebir la ciudadanía como una "gramática de la conducta" política indica que es posible ser parte de un "pueblo" identificado con un proyecto democrático radical, y al mismo tiempo estar inscripto en una pluralidad de otras relaciones sociales con sus "subjetividades" específicas. Actuar como ciudadano a nivel político para radicalizar la democracia no significa descartar otras formas de identificación, y es perfectamente compatible con la participación en luchas democráticas de una naturaleza más específica. De hecho, la ciudadanía democrática radical fomenta la pluralidad de tipos de participación. Por este motivo, la estrategia populista de izquierda requiere la articulación entre intervenciones a nivel "vertical" y "horizontal", tanto dentro de las instituciones representativas como en diversas asociaciones y movimientos sociales. También busca crear una sinergia entre las diversas prácticas que se desarrollan allí donde se cuestionan diferentes formas de dominación y aquellas que experimentan con nuevas formas de vida igualitaria.

Así, por ejemplo, los involucrados en calidad de ciudadanos en el proyecto político de Podemos o La France Insoumise intervendrán en diversas instituciones representativas, y asimismo participarán en una variedad de prácticas y luchas democráticas enfocadas en cuestiones más específicas. Formar parte de un "nosotros" de ciudadanos democráticos radicales no impide participar en una variedad de otros "nosotros".

Sin embargo, debemos aclarar un punto. La ampliación del campo de ejercicio de la ciudadanía que propongo no implica que todas las decisiones democráticas deban ser tomadas por los agentes sociales en su calidad

de ciudadanos. Es importante establecer una distinción entre aquellas cuestiones que los afectan en tanto miembros de una comunidad política y aquellas vinculadas con otras relaciones sociales y que afectan a comunidades particulares. De lo contrario, podríamos caer en una visión totalizante, negadora del pluralismo que resulta vital para una concepción democrática radical que respete el valor de la libertad.

La concepción democrática radical de ciudadanía que propongo está estrechamente ligada a la política reformista radical de involucramiento con las instituciones que defendí antes. Concibe el Estado como un escenario importante para la política democrática, ya que es el espacio donde los ciudadanos pueden tomar decisiones sobre la organización de la comunidad política. De hecho, es el sitio donde se puede ejercer la soberanía popular. Sin embargo, esto supone que existen condiciones para una confrontación agonista, y por este motivo resulta indispensable romper con el consenso pospolítico neoliberal.

A diferencia de lo que pretenden los liberales, el Estado no es un terreno neutral. Siempre se estructura de manera hegemónica y constituye un espacio significativo para la lucha contrahegemónica. Sin embargo, no es el único sitio de intervención, y la oposición entre partidos y movimientos, o entre luchas parlamentarias y extraparlamentarias, debería ser rechazada. Según un modelo agonista de democracia, existe una multiplicidad de espacios públicos agonistas en los que se debería intervenir para radicalizar la democracia. El espacio político tradicional del parlamento no es el único donde se toman decisiones políticas y, aunque las instituciones representativas deberían mantener —o recuperar— un rol decisivo, se necesitan nuevas

formas de participación democrática para radicalizar la democracia.

En el capítulo anterior manifesté mi oposición a una concepción puramente horizontalista de la democracia radical, pero esto no significa que esté a favor de la democracia representativa tal como la conocemos hoy. El proyecto de radicalización de la democracia que propongo concibe una combinación de diferentes formas de participación democrática, que dependerá de los espacios y las relaciones sociales donde deban implementarse la libertad y la igualdad. Podría pensarse una articulación de diversas formas de representación y modos de elegir a los representantes. En algunos casos podrían utilizarse las formas directas de democracia, y en otros habría que implementar una variedad de formas participativas. Aunque soy crítica de la democracia directa o el sorteo cuando se los concibe como modo exclusivo de toma de decisiones políticas, no pondría objeciones a su utilización en casos específicos, siempre en conjunto con las instituciones representativas. De hecho, existen diversas maneras de fortalecer la democracia representativa y volverla más responsable. En lo atinente a la idea —tan en boga— de “lo común”, si bien la considero inapropiada como principio general de organización de la sociedad, pienso que en algunos ámbitos las prácticas de “puesta en común” pueden desempeñar un papel importante en la lucha contra los procesos de privatización de bienes que, como el agua, deberían ser reconocidos como “bienes comunes”. En la medida en que el modelo político sugerido reconoce que la sociedad está dividida y que todo orden se estructura de manera hegemónica, es factible imaginar diversas configuraciones de los procedimientos democráticos.

Quisiera añadir a la reflexión anterior en torno a la ciudadanía que la operación hegemónica de construcción de un pueblo requiere un principio articulador para poder conectar en una cadena de equivalencia las múltiples demandas democráticas que conforman la voluntad colectiva. Este principio articulador variará según las diferentes coyunturas y puede ser provisto ya por una demanda democrática específica que deviene símbolo de la lucha común por la radicalización de la democracia, ya por la figura de un líder.

El papel del líder en la estrategia populista siempre ha sido objeto de críticas, y por esta razón esos movimientos suelen ser acusados de autoritarios. Muchos piensan que el liderazgo carismático es muy peligroso, y no caben dudas de que puede tener efectos negativos. Pero más allá del hecho de que es muy difícil encontrar ejemplos de movimientos políticos importantes sin líderes prominentes, no hay ningún motivo para equiparar el liderazgo fuerte con el autoritarismo. Todo dependerá del tipo de relación que se establezca entre el líder y el pueblo. En el populismo de derecha, es una relación muy autoritaria, en la que todo proviene de arriba sin una participación real de las bases.

Pero el líder puede concebirse como un *primus inter pares* y también es posible establecer un tipo de relación diferente, menos vertical, entre el líder y el pueblo. Además, como argumentaré más adelante, es imposible construir una voluntad colectiva sin alguna forma de cristalización de los afectos comunes, y cabe señalar que los lazos afectivos con un líder carismático pueden desempeñar un papel importante en este proceso.

Otra crítica que suele hacerse a la estrategia populista de izquierda es el rol que le atribuye a la dimensión nacional. Esto plantea una serie de cuestiones —como por

ejemplo la adhesión a la Unión Europea— que superan los alcances de este libro, que no aborda políticas específicas, sino sólo el tipo de estrategia apropiado —en la actual coyuntura— para crear una voluntad colectiva que busque una transformación hegemónica. Una vez que se produzca esa transformación, se darán las condiciones necesarias para el desarrollo de un debate agonista en torno a las políticas más adecuadas para radicalizar la democracia; por lo tanto, las repuestas no pueden darse de antemano.

Lo que quisiera destacar es que la lucha hegemónica para recuperar la democracia debe comenzar a nivel del Estado nacional, que, a pesar de haber perdido muchas de sus prerrogativas, continúa siendo uno de los espacios claves para el ejercicio de la democracia y la soberanía popular. Es a nivel nacional donde debe plantearse en primer lugar la cuestión de la radicalización de la democracia. Es allí donde debería construirse una voluntad colectiva que apunte a resistir los efectos posdemocráticos de la globalización neoliberal. La colaboración con movimientos similares en otros países sólo será productiva cuando esta voluntad colectiva se haya consolidado. Es evidente que la lucha contra el neoliberalismo no puede ganarse sólo a nivel nacional, y sabemos que será necesario establecer una alianza a nivel europeo. Pero una estrategia populista de izquierda no puede ignorar la fuerte investidura libidinal que interviene en las formas nacionales —o regionales— de identificación, y sería muy riesgoso dejar ese terreno en manos del populismo de derecha. Esto no significa seguir su ejemplo y promover formas cerradas y defensivas de nacionalismo, sino ofrecer otra salida a esos afectos y movilizarlos hacia una identificación patriota con los aspectos mejores y más igualitarios de la tradición nacional.

Ahora debemos plantear una cuestión que considero crucial para concebir la construcción de un "pueblo": el rol decisivo que desempeñan los afectos en la constitución de las identidades políticas. La falta de comprensión de la dimensión afectiva en los procesos de identificación es, desde mi perspectiva, una de las razones principales por las cuales la izquierda, encerrada en un marco racionalista, es incapaz de aprehender la dinámica de la política. Sin duda, este racionalismo es la causa de la obstinada negativa de tantos teóricos de izquierda a aceptar las enseñanzas del psicoanálisis.

Esto constituye un grave error, ya que la crítica de Freud sobre la idea del carácter unificado del sujeto —y su afirmación de que la mente humana está sujeta a la división entre dos sistemas, uno de los cuales no es ni puede ser consciente— resulta de vital importancia para la política. Freud señala que, lejos de estar organizada en torno a la transparencia de un ego, la personalidad se estructura sobre una serie de niveles que yacen por fuera de la conciencia y la racionalidad de los agentes. Por lo tanto, nos obliga a abandonar uno de los postulados clave de la filosofía racionalista —la categoría del sujeto como entidad racional, transparente, capaz de conferir un sentido homogéneo a la totalidad de su conducta— y aceptar que los "individuos" son meras entidades referenciales, resultado de la articulación entre posiciones subjetivas localizadas. La afirmación del psicoanálisis de que no existen identidades esenciales sino solamente formas de identificación, es un elemento central del enfoque antiesencialista que postula que la historia del sujeto es la historia de sus identificaciones y que no hay una identidad oculta que debe ser rescatada.

Basado en Freud, este enfoque reconoce que una dimensión importante de la política es la construcción de

las identidades políticas, y que esto siempre implica una dimensión afectiva. En *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, Freud destacó el papel decisivo que desempeñan los lazos afectivos libidinales en los procesos de identificación colectiva: "La masa se mantiene cohesionada en virtud de algún tipo de poder. ¿Y a qué poder podría adscribirse ese logro más que al Eros, que lo cohesionaba todo en este mundo?"³²

El reconocimiento del papel que desempeña esta energía libidinal y del hecho de que es maleable y puede ser orientada en diversas direcciones para producir diferentes afectos es fundamental para comprender cómo funciona la operación hegemónica. Para promover una voluntad colectiva orientada a la radicalización de la democracia es necesario movilizar la energía afectiva mediante la inscripción en prácticas discursivas que generen identificación con una visión democrática igualitaria. Permítanme recordarles que por "práctica discursiva" no aludo a una práctica relacionada con el lenguaje o con la escritura de manera exclusiva, sino a prácticas significativas en las cuales el significado y la acción, los componentes lingüísticos y los afectivos, no pueden separarse. Los agentes sociales adquieren formas de subjetividad insertándose en prácticas discursivas/afectivas significativas que involucran palabras, afectos y acciones.

32 Sigmund Freud, *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. XVIII, Londres, Vintage, 2001, p. 92 [trad. cast.: *Psicología de las masas y análisis del yo*, en *Obras completas*, vol. 18, Buenos Aires, Amorrortu, 1989, p. 88].

Para concebir esas inscripciones discursivas/afectivas podemos recurrir a las reflexiones en Spinoza, cuya noción de *conatus* tiene similitudes con la "libido" de Freud. Al igual que Freud, Spinoza considera que es el deseo lo que lleva a los seres humanos a la acción, y además observa que lo que los hace actuar en una dirección y no en otra son los afectos. En una reflexión sobre los afectos, Spinoza establece una distinción entre la afección (*affectio*) y el afecto (*affectus*).³³ Una "afección" es un estado de un cuerpo en la medida en que está sujeto a la acción de otro cuerpo. Cuando es afectado por algo externo, el *conatus* (el esfuerzo general por perseverar en nuestro ser) experimenta afectos que lo impulsan a desear algo y actuar en consecuencia.

Sugiero utilizar esta dinámica de *affectio/affectus* para examinar el proceso de formación de las identidades políticas, concibiendo las "afecciones" como aquellas prácticas en que lo discursivo y lo afectivo se articulan y producen formas específicas de identificación. Entendidas como la cristalización de los afectos, esas identificaciones resultan cruciales para la política, ya que son el motor para la acción.

El enfoque hegemónico ha sido criticado por algunos teóricos del "giro afectivo", quienes afirman que sólo toma en cuenta la dimensión discursiva. Para rechazar esta crítica, Yannis Stavrakakis ha demostrado que los equivocados son aquellos que defienden un enfoque "poshegemónico", ya que al separar lo discursivo de lo afectivo pasan por alto su interimplicancia constitutiva.³⁴

33 Benedictus de Spinoza, *Ethics*, Nueva York, Penguin, 1994, parte 3 [trad. cast.: *Ética*, Madrid, Alianza, 2007].

34 Yannis Stavrakakis, "Hegemony or Post-hegemony? Discourse, Representation and the Revenge(s) of the Real", en Alexandros

Por el contrario, la teoría discursiva de la hegemonía reconoce esas interimplicancias cuando afirma que "algo perteneciente al orden de los afectos tiene un rol primordial en la construcción discursiva de lo social".³⁵

Algunos promotores del "giro afectivo" aducen que su idea del afecto se basa en el pensamiento de Spinoza, pero hay buenas razones para cuestionar esa genealogía. Me parece mucho más convincente la interpretación de Frédéric Lordon, que en su lectura del papel de los afectos en Spinoza destaca que para él la política es un *ars effectandi*, y que está relacionado con la producción de ideas que tienen el poder de afectar (*idées affectantes*).³⁶ Al cuestionar el privilegio otorgado por el marxismo a las determinaciones materiales y la problemática antinomia que establece entre la materia y las ideas, Lordon señala que Spinoza permite trascender esto mediante la noción de "afección", que es resultado tanto de las ideas como de las determinaciones materiales. Cuando las ideas y los afectos confluyen, las ideas adquieren poder.

Para concebir las prácticas discursivas/afectivas también podemos inspirarnos en Wittgenstein, quien nos enseñó que los agentes sociales conforman determinadas creencias y deseos y adquieren su subjetividad a través de su inscripción en "juegos de lenguaje" (lo que

Kioupkiolis y Giorgos Katsambekis (eds.), *Radical Democracy and Collective Movements Today: The Biopolitics of the Multitude Versus the Hegemony of the People*, Nueva York, Ashgate, 2014.

35 Ernesto Laclau, "Glimpsing the Future: A Reply", en Simon Critchley y Oliver Marchart (eds.), *Laclau: A Critical Reader*, Nueva York, Routledge, 2004, p. 326 [trad. cast.: "Atisbando el futuro", en Critchley Simon y Oliver Marchart (comps.), *Laclau: Aproximaciones críticas a su obra*, Buenos Aires, FCE, 2008].

36 Frédéric Lordon, *Les affects de la politique*, Paris, Seuil, 2016, p. 57.

denominamos prácticas discursivas). De acuerdo con este enfoque, podemos entender la adhesión a la democracia no como una decisión basada en la racionalidad, sino como la participación en formas de vida específicas. Como ha señalado Richard Rorty en repetidas ocasiones, la perspectiva wittgensteiniana nos hace tomar conciencia de que la adhesión a la democracia y la creencia en el valor de sus instituciones no depende de otorgar a la democracia un fundamento intelectual.

La adhesión a los valores democráticos es una cuestión de identificación. No se genera a través de la argumentación racional, sino a través de un conjunto de juegos de lenguaje que construyen formas democráticas de individualidad. Wittgenstein reconoce con claridad la dimensión afectiva de los diferentes modos de adhesión cuando vincula la creencia religiosa con un "compromiso apasionado a un sistema de referencia".³⁷ Si reunimos a Spinoza, Freud y Wittgenstein, entenderemos la inscripción en prácticas discursivas como aquello que proporciona las afecciones que, según Spinoza, originan los afectos que estimulan el deseo y conducen a la acción específica. De esta manera, se reconoce que los afectos y el deseo desempeñan un papel central en la constitución de las formas colectivas de identificación.

Reconocer el papel crucial que desempeñan los afectos en la política y cómo pueden ser movilizados es decisivo para diseñar una estrategia populista de izquierda exitosa. Esa estrategia debería seguir el enfoque de Gramsci, cuando llama a "una adhesión orgánica en la cual el sentimiento-pasión deviene comprensión". Tra-

37 Ludwig Wittgenstein, *Culture and Value*, Chicago, University of Chicago Press, 1984, p. 64 [trad. cast.: *Cultura y valor*, Madrid, Espasa Calpe, 1995].

bajando a partir del "sentido común", debería dirigirse al pueblo para alcanzar alguna resonancia con sus afectos. Esa estrategia tiene que ser congruente con los valores y las identidades de aquellos a quienes pretende interpelar, y tiene que conectar con los aspectos de la experiencia popular. Para hacerse eco de los problemas que las personas afrontan en su vida diaria, debe comenzar por el lugar donde están situadas y cómo se sienten, y ofrecerles una visión de futuro que les brinde esperanza, en vez de anquilosarse en el registro de la denuncia.

Una estrategia populista de izquierda persigue la cristalización de una voluntad colectiva sostenida por afectos comunes que aspiran a un orden más democrático. Esto exige la creación de un régimen diferente de deseos y afectos mediante la inscripción en prácticas discursivas/afectivas que generen nuevas formas de identificación. Estas prácticas discursivas/afectivas son de naturaleza diversa, pero el campo cultural, como el artístico, constituyen ámbitos muy importantes para la constitución de formas diferentes de subjetividad.

Aquí, una vez más, Gramsci constituye una guía indispensable, ya que nos ha señalado la importancia decisiva del ámbito cultural en la formación y difusión del "sentido común" que determina una definición específica de la realidad. Entender el "sentido común" como el resultado de una articulación discursiva nos permite comprender cómo puede ser transformado mediante intervenciones contrahegemónicas. En *Agonística*, al destacar el papel determinante que desempeñan las prácticas artísticas y culturales en la lucha hegemónica, argumenté que, si las prácticas artísticas pueden desempeñar un papel decisivo en la construcción de nuevas formas de subjetividad, se debe a que, mediante la utilización de recursos que inducen respuestas emocionales, logran

llegar a los seres humanos en el nivel afectivo.³⁸ De hecho, es aquí donde reside el gran poder del arte, en su capacidad para hacernos ver las cosas de una manera diferente, para hacernos percibir nuevas posibilidades.

Por eso las prácticas artísticas y culturales desempeñan un papel central en la estrategia populista de izquierda. Para mantener su hegemonía, el sistema neoliberal necesita movilizar de manera constante los deseos de las personas y moldear sus identidades. La construcción de un "pueblo" apto para crear una hegemonía diferente requiere promover una multiplicidad de prácticas discursivas/afectivas que debiliten los afectos comunes que sostienen la hegemonía neoliberal y generen las condiciones necesarias para la radicalización de la democracia. Reconocer la importancia de propiciar afectos comunes es esencial para la estrategia populista de izquierda ya que, como destacó Spinoza, un afecto sólo puede ser desplazado por un afecto opuesto, más fuerte que el que se busca reprimir.

38 Chantal Mouffe, *Agonística: Thinking the World Politically*, Londres - Nueva York, Verso, 2013, capítulo 5 (trad. cast.: *Agonística. Pensar el mundo políticamente*, Buenos Aires, FCE, 2014, p. 103).